

COLECCIÓN
POESÍA TEÓFILO TORTOLERO



ÉRASE UNA VEZ

Yurimia Boscán

Obra ganadora del 1º Concurso de
Poesía para la Mujer
Ana Enriqueta Terán 2019



ÉRASE UNA VEZ

Yurimia Boscán

Obra ganadora
Concurso de Poesía para la Mujer
Ana Enriqueta Terán 2019
Fundación Editorial “Pocaterra”
Secretaría de Cultura del Estado Carabobo



Érase una vez
©Yurimia Boscán, 2019

Colección Poesía: Teófilo Tortolero

© Fundación Editorial “**Pocaterra**”
Secretaría de Cultura del Estado Carabobo

Gobernador del Estado Carabobo: Economista Rafael Lacava
Primera Dama del Estado Carabobo: Nancy de Lacava
Secretaría de Cultura: Nathaly Bustamante

Coordinador editorial: Alex Cicerón Briceño
alex.cicer.brice@gmail.com

Edición y corrección: Julio Escoria
jescorcia19@gmail.com

Diseño y diagramación: Pascual Castellucci
pecastellucci@gmail.com

Diseño de portada: Guillermo Pou / Angel Miguel Espejo

Ilustración de portada: Rúkleman Soto Sánchez
pintura sobre tela 28 x 12

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal: 2019000896
ISBN: 978-980-14-4179-3



ÉRASE UNA VEZ

Yurimia Boscán

Fundación Editorial “**Pocaterra**”
Colección poesía / **Teófilo Tortolero**
Secretaría de Cultura del Estado Carabobo

La Fundación Editorial “**Pocaterra**” es un proyecto impulsado por la gobernación a través de la Secretaría de Cultura del Estado Carabobo, con el apoyo y la participación de escritores del estado. Tiene como objetivo fundamental proporcionar una herramienta esencial en la elaboración de ideas; el libro y dar paso a la publicación de autores.

Dedicatoria

A ellas
Hortensia Istúrriz de León

mi abuela
Josefina León
mi madre

Érase una vez lo femenino

Hay un tiempo remoto e inexacto solo mensurable por la poesía; de sus atributos huidizos se va armando el conjunto de textos que Yurimia Boscán reúne bajo el título Érase una vez para partir hacia los confines de lo femenino como un asomo de lo asombroso, o apenas el destello de lo que ha de nacer con una palabra.

La mujer aparece mimetizada en estos poemas con su lugar también preterido y esquivo, como un velado suceso de lo fabuloso en lo cotidiano que suele transcurrir en la casa, el patio, los jardines, el closet, la cocina y toda esa territorialidad que un día fuera asignada a lo femenino.

Érase una vez se inicia naturalmente allí, en lo que Vicente Huidobro llama “el alba primera del mundo”, de donde no han de alejarse las palabras para que se produzca la certeza poética que tras mucho romper, experimentar y transitar, se encuentra de nuevo con la suprema necesidad de contar.

No es casual la manera clásica de comenzar los relatos, propia de cuentistas como Charles Perrault o los hermanos Grimm, que Yurimia usa para intitular este grupo de poemas. ¿Qué nos quiere contar **Érase una vez**? Que el alma femenina no es un cuento de hadas.

Alma femenina buscada en su lejana cercanía, revolviendo bártulos y trastos en línea materna ascendente hasta aproximarse a la abuela a través de un instrumental de ternura y nostalgia junto a los relatos del juego y de la infancia, datos imprescindibles para entregar una memoria no siempre encantadora.

Memoria que abre el closet donde la madre que escudriña solo encuentra una “melodía de soledad” entre tintineos de ganchos sin ropa y añejos olores de gavetas.

En el fantasmal “patio de sequías” el verso pregunta por una zona remota, casi de antepasados míticos o dioses abolidos más allá de las “manos bisabuelas”. En su aridez, la casa se torna alucinación.

Lo espectral insiste como ofuscamiento obsesivo, como casa enraizada en las vísceras de los objetos que la mujer parece arrancar de su alma, a pesar de que oculta “su aflicción en el delantal” con ingenuidad cenicienta.

Su condena cotidiana demanda una gramática virgen, una sintaxis de nuevos sustantivos, aunque ese desafío la haga verbo intransitivo, sin complemento, sin añadidura: el más puro y amoroso vocablo solitario.

Mientras tanto, la Boscán sigue “amasando arepas mañaneras” en el espanto de un sobrevenir sin llegar a Ser, pero sin extrañeza, como dejándose ir, segura de que no hay regreso, pero tampoco ese extravío que sucede con frecuencia en las recopilaciones de los cuentos infantiles.

Desde allí no mira a la madre, no puede. La palabra madre es inconcebible si no es esperanzadora. La manera como asoma el vocablo “Mamá” carece de grandeza en ese “aluvión de lágrimas adherido a la pared”. Su esperanza se achica.

En estos poemas, las formas de lo femenino parecen derivar del Paraíso al infierno terrenal. En su poema **Homenaje a Munch** estalla un “GRITO FINAL”.

Una casa embrujada sería consuelo. Pero aquí, mudarse después de tanta historia vertida en un hogar, significa entrar en desasosiego: “se duele profundo en la casa que deshoja”, expresa.

En orfandad absoluta Yurimia mira “a través de las palabras”. Tacha, suprime, renombra, acaricia los vocablos como una forma de construir la poesía de lo femenino en total desamparo, “sin casa que la guarde”. El *ars poética* tiene que ser palabra mágica, o no será poesía.

Pero en su abdicación y su abandono funda también su desafío lleno de lenguaje y por lo tanto de creación. “Las viejas telas han ido cediendo”. Sueña por un momento: “imagino margaritas y trinitarias en el patio”. Entonces, hijos y nietos germinan “en medio de los escombros” como un hechizo que la salva de lo roto.

En el más obstinado florecer, se hace celebración y esperanza a pesar del “muro de nostalgia” que nadie se atreve a derrumbar. “Un patio de *no-me-olvides* / separa lo vivido”.

El índice del alma femenina construido, imaginado, relatado por un caudal de voces masculinas en la novelística latinoamericana, no parece alcanzarle para encontrarse, para resolver su dolor ni el derrumbamiento de su morada interior. Sin embargo, de Comala a Macondo, admite que su cúmulo de arquetipos femíneos son “sombras que me habitan en la sombra de las sombras”.

Es allí, necesariamente, dónde su relato culmina: “Érase una vez la abuela”. Mientras, Susana San Juan y las mujeres de Macondo la habitan como penumbras, la abuela encabeza el resplandor despliegue afectivo que le otorga materialidad y vigor y paz por sobre toda incertidumbre.

No hay ***Madrugada*** de fantasmas ni abandonos que no puedan ser vencidos con el atrapasueños de los antiguos “días abueleros”. No hay casas vacías ni espejos apolillados ni semblantes repetidos ni caretas ni olvidos que valgan, siempre que hagamos inextinguible el relato de lo femenino. Eso sí, a condición de que sea un perpetuo regreso a la virgen y prístina pronunciación de lo recién nacido.

Rúkleman Soto Sánchez
Junio, 2019

*Descansa, mi niña, que ya otras historias
alumbran el olvido*

Candelaria Herrera Nahrendorf

En los closets
los ganchos bailan su melodía de soledad
su trajín de pijamas y ropas descolgadas

Retumba el sonido seco de las gavetas
que contendrán otros olores
mientras las nubes se precipitan
de un ojo a otro

Canto de arriendos y misa de réquiem
en la solapa de la vida
en el violento apagón de la lámpara

Estás viva, mamá,
estás viva

y no lo sientes

Patio de sequías
La casa
es ahora sombra alucinante

Cuerda atada al árbol sin niños que mecer
Tinajero de incertidumbres y fantasmas
Alacena silenciosa de manos bisabuelas
Camino clandestino a la niñez vivida

La sequía otra vez...
No. Otra vez es la casa

Guarda apresurada su aflicción en el delantal
y recibe a los hijos

Pone la mesa y celebra las visitas
sus labios se mueven
sus manos sirven
sus ojos se pierden más allá de los espejos
No importa cuántas sillas, toallas y sábanas
inventaré para su nuevo hogar

Su raíz sigue en la vieja casa
con enredaderas espectrales
trenzadas a sus recuerdos

Condenada a mi cotidianidad
Dios es monosílabo
Sé a veces se acentúa y otras no (es día-crítico)
como yo

Cocina es una palabra grave (muy grave)
Corazón es una palabra aguda (tal vez por eso duele
tanto)
Sábana es una palabra esdrújula
como *escápate, sacúdete, desvístete*

Mi nombre es sustantivo propio
poeta es común
angustia es abstracto
humanidad es colectivo

Cansancio es una palabra grave
Amar es una palabra aguda que no admite tilde
es un verbo intransitivo
como yo

Testigos inclemtes
que no toman apuntes
de manías ni regresos

No hay mayor espanto
que sus ojos

Es un ir sin venir
y la certeza
de no saber qué hacer
mientras se esfuma

Sigo amasando arepas mañaneras
en el espasmo diario que lacera
La esperanza rinde menos en las brasas

Tiro el resto y me devuelvo

Al final
mi camino
siempre regresa al suyo

Mamá

Ella es cobertizo de voces
de mañas
de sueños

Su piel cubre el osario que la soporta
mientras la talla de su camisa se adelgaza

Su rostro es mapa de penas
Un aluvión de lágrimas adherido a la pared

En la inmensidad de su dolor
se achica mi esperanza

Homenaje a Munch

Esta casa es un grito
de lunes amanecido

Grito inverso:
mientras más alto más sordo

Grito de escuela
Grito tarea de números hasta mil
Grito desayuno almuerzo y cena

Grito lavadora
Grito mercado
Grito poema
Grito obsesión
Grito (pre)sentido

grito mudo
que se oye hacia dentro

GRITO FINAL

Ella se pregunta cómo serán los cielos
que adornarán su nuevo patio.

Su corazón revienta de desasosiego
al no poder reescribir la historia

Se resiste a dejar el nido
y se duele profundo en la casa que se deshoja

El árbol de aguacate se estremece
y el inmenso pino
es testigo

No soy más que esta rústica migaja de infinito
como la calle que paso cada día
como la esquina que cruzo en ángulo absoluto

Esta manía terca de mirar a través de las palabras
en nombre del ojo que se engarza
y oblitera y semantiza y erotiza
mi huérfana *Ars poética*

sin casa que la guarde

Las viejas tejas han ido cediendo
Se lavan y secan al ritmo de los días
mientras lanzamos al aire
conjuros de olvido y sortilegios

El círculo de cemento –gris y atroz–
cierra filas sobre lo que queda por vivir
Somos un plano por resolver
en medio de los escombros

Entonces
imagino margaritas y trinitarias en el patio
cornisas de piedras que dibujan su bagaje ancestral
pisos que se parten en colores
nietos que tañen el sol de la tarde
hijos de vuelta a la sagrada bendición...

¡Qué bueno, mamá!
la casa está renaciendo

Un muro de nostalgia
se ha cimentado en la despedida

Nadie osa derribarlo
Sus ladrillos sellan recuerdos circulares

Un patio de *no-me-olvides*
separa lo vivido

Me están doliendo
esta casa
y todas las casas que tuve
en los cajones de añoranza
en los recuerdos
en las cartas –relicquias que ya nadie conoce–
en las tarjetas y dibujos de mi hija mayor
con sus *Te amo, mami*
tan lejos ahora de nosotras

Abro los álbumes
herencia de un siglo muerto
y me veo llegando a Comala:
Rostros borrosos nombres olvidados
visiones que me pueblan

La casa sigue martillando serruchando
clavando los ladridos de los perros
Las noches advierten de una vida que roe y maúlla en
sótanos y techos clandestinos
donde las emputecidas gatas rumian desvelos
hasta la madrugada

Y uno allí
sin saber en cuál índice buscarse:
Pilar Ternera, Remedios La Bella,
Úrsula Iguarán, Amaranta Buendía....
Sombras que me habitan
en la sombra de las sombras

Pero hay que ir a trabajar y disimular
tanta cosa sin nombre
que cruza
de lado a lado
mi tonto corazón

Érase una vez la abuela
levantando la ternura con avena y lazos blancos

En las mañanas frías
un jardín de coquetas y semillas
explotando entre 10 deditos
húmedos de rocío

Érase una vez tres hermanos
tres bici tres pares de patines
tres camas chicas al lado de una grande
una vela naufraga sobre el aceite
en el rincón bendito
de los santos

Érase una vez la infancia
territorio sagrado del barro en los zapatos
y la mora silvestre en los bolsillos

Tardes de gritos cataratas barrancos
piedras con oro y arcilla junto al manantial
con tres niños de capas espadas arcos y flechas
testigos de la existencia

Érase esta vez alguien que aún teme
al brinco inesperado de las taras
que aprendió a disimular el pánico de la espera
– tan parecido al escondite –
uno, dos, tres, cuatro...
¡libre por mí!
y dijo adiós
a sus compañeros de juego

Érase otra vez
las ganas de volver a los diez años
a la paz de los crespos de la abuela
al acordeón de mi padre en el fondo del patio

a la risa escandalosa de mis hermanos
a la polenta dominguera de mamá

Érase una vez...

Madrugada

En esta casa huérfana
las ausencias empañan las ventanas

Desbordada con sus penumbras
en el trasfondo del patio
me apretujo a la nostalgia
de días abueleros
cuando *arrópame*
quería decir *abrázame*

La casa es un espejo de semblantes repetidos
Trastos y peroles palpitan en los resquicios

Las caretas olvidadas se desdoblan una a una
dentro de los atapuzados closets de los cuartos vacíos

Al fondo
el espejo apolillado nos devuelve el reflejo:

Frágiles cascarones
sostenidos por casi nada

Punto vacío en la herida

Dolor oblicuo

Dolor de leche
de hueso
de nervios

Dolor erecto
en falta

Dolor en el horrendo miedo
sin pezón

Vuelta a pintar sobre sus hierros
la silla arrulla

mece a los muertos
que vemos de reojo
disimulando el miedo
del espanto
del tiempo

Cuerpo
Objeto
deseo y obsesión

templo bagazo
moldura e impostura

Cuerpo monólogo
Cuerpo arrojo
Cuerpo falta
Cuerpo temblor

Cicatriz y remiendo
puntada y bisturí

Cárcel de sí

Ventanales y cofrecitos
dejan atrás brisa y melodías

Las partidas se hacen ciertas

Ningún duelo fue mayor

Balbucean nombres muertos
me tutean
ríen

son tan familiares

asedian la finitud
de lo que queda
del viaje

Ellas
mis voces

las que oigo
tan dentro

Del testamento vital
yo heredé el tronco

tronco que aún llora
sus cositas perdidas
en la avalancha

y se pregunta
quién guardará
sus temibles secretos
cuando llegue el final

Nietos

Son flechas expertas
Lanzas amorosas
Bielas

Reconfortan
con sus puntas de fuego
el áspero cartílago
de la vejez

¿Cómo no escribir
de aquella casa
si tengo un enramado
de palabras
que saltan la cuerda
de la infancia
en el corazón?

Los domingos punzan
las horas felices sin despertador
su tranquilo devenir
agranda el vacío matinal

En la tarde
el dolor se adormece
ante el abrazonieto
de esas horas que riman
vivir y reír

Pero en las noches
ronca de nuevo
el sollozo sin fondo

Siempre lo mismo
hasta nuevo aviso

El giro cotidiano
con sus vientos catabáticos
vuelve los ojos al tiovivo de la niñez

Esa raíz desenterrada
ese camino de regreso
ese subeybaja
al ritmo de lo permanecido
rozan
el vórtice
de mi infancia

Índice

Érase una vez lo femenino	9
En los closets	15
Patio de sequías	16
Guarda apresurada	17
Condenada a mi cotidianidad	18
Testigos inclementes	19
Mamá	20
Homenaje a Munch	21
Ella se pregunta	22
No soy más	23
Las viejas tejas	24
Un muro	25
Me están doliendo	26
Érase una vez	27
Madrugada	29
La casa es un espejo	30
Punto vacío	31
Vuelta a pintar	32
Cuerpo	33
Ventanales y cofrecitos	34
Balbucean nombres	35
Del testamento	36
Nietos	37
Cómo no escribir	38
Los domingos punzan	39
El giro cotidiano.....	40

Fundación Editorial “**Pocaterra**”
Secretaría de Cultura del Estado Carabobo
Libro versión digital del mes de julio de 2019
Valencia Estado Carabobo, Venezuela

Se trata de XXIV poemas que hurgan íntimamente el mundo femenino. Desde la casa que habita, la secuencia de metáforas y palabras que llenan el mundo-mujer hasta el deseo oculto en el pasado, conviven en la infancia y la adultez. Abre álbumes añejos para despertar recuerdos que se tejen en el presente. El autor se pasea en sus memorias impregnadas de la flora de sus nostalgias. Se trata de poemas delicados y osados, están plenos de sentimientos y emociones que dan vida a los objetos cotidianos ; "la silla arrulla", "la casa está renaciendo", "en esta casa huérfana", y otros con fortaleza en los dolores y perdidas "Pero hay que ir a trabajar y disimular tanta cosa sin nombre".

Carolina Marín



Yurimia Boscán Caracas 1963. Licenciada en Letras (UCV) Msc. en Tecnología Educativa y en Literatura Latinoamericana (USB). Poeta, correctora de prueba, Productora Nacional Independiente y locutora. Por

más de 25 años ha trabajado el periodismo cultural en los altos mirandinos, coordinando suplementos culturales como Sábado y Domingo y Guayoyo Smog. Ha sido merecedora del Premio Crónica Comunal del Municipio Guaicaipuro Hercilia Chicco, mención Creatividad (2017); Premio Municipal de Literatura Cecilio Acosta, mención Poesía (2014). Mención Honorífica del Concurso Nacional I Compilación Literaria (UNEFA/Casa de las Letras Andrés Bello (2011). Orden María Teresa Castillo, mención Literatura (2001). Ha publicado los libros Poemas (1983); Neón (2000/2018). Ama de casa (2016); Río de hierba (2017); Piel que ata (2018).

Colección Poesía **Teófilo Tortolero**

Poeta, nacido en Valencia el 15 de febrero de 1936. Perteneció al grupo literario "Azar Rey" (1968 - 1969). También destaca como co-fundador de la "Revista Poesía", "Zona Tórrida", entre otras.

Entre su vasta obra destaca su libro "El Día Perdurable", con el cual obtiene el premio de Poesía de la Bienal "José Rafael Pocaterra" patrocinado por el Ateneo de Valencia en 1982. Además sus obras: "Demencia Precoz" (1986), "Las Drogas Silvestres" (1972), "55 Poemas" (1981), "Perfume Jaguaro" (1984), "La última tierra" (1990) y su poemario póstumo "El libro de los cuartetos" (1994), dan cuenta de su genialidad poética.

